

## Puntualizaciones sobre Contratransferencia

Por Juan Carlos Capo\*

### Resumen

El punto de partida de esta comunicación procura delimitar los alcances de la palabra contratransferencia. ¿Es que ella tiene por su semántica no unívoca, por su imposición prosódica más enganche que la palabra transferencia original?

Se pasa lista seguidamente a los aportes que analistas británicos han hecho sobre esta cuestión: Paula Heinmann y Money-Kyrle. La contratransferencia es descrita como la totalidad de los sentimientos que el analista vivencia hacia su paciente. El prefijo ‘contra’, según Heinmann implica factores adicionales, operacionales y específicos. El segundo autor refiere su experiencia y teoriza sobre contratransferencia normal y sus desviaciones.

¿Qué ocurre, se pregunta Lacan, si nos encontramos ante una situación en la cual todo lo que en el analista representa su inconsciente no analizado puede emerger en forma de respuestas ciegas? Sorprendentemente Lacan no toma como algo descalificante que puedan haber emergencias, intervenciones fallidas, a causa de los referidos puntos ciegos. A continuación pasa a referirse en primer lugar a las comunica-clones de inconsciente a inconsciente. Se citan trabajos de Freud donde se da cuenta de esos fenómenos. Se desprende de lo anterior un llamado a la intuición, a la experiencia, al tacto del analista, puesto que se sostiene que se asienta su lugar en su propio análisis que necesitó de otro, y, también de incluir en su obrar de una función de desconocimiento, para la cual se debe munir, mutando su deseo en un deseo del Otro. El analista debe procurar “jugar con un muerto”. “hacerse el muerto”, dejar muerto ese “pequeño otro” en donde está él mismo en una relación especular,

---

\* Soca 1395/905 - Montevideo - Uruguay

procurando que el analizado migre desde una posición de imagen hacia una cosa que encuentre su nombre.

Es por el rodeo de la palabra del analista que se accede a la naturaleza misma del inconsciente. Es como inconsciente del otro que se hace toda experiencia de análisis. En él comparecen la pasión del amor, la del odio y la del desconocimiento. El analista, por más analizado que esté, no está fuera del alcance de las pasiones.

Se comprende mejor la legitimación de la tarea si tenemos en cuenta que el analista está en el lugar del objeto parcial. Por el hecho de que hay transferencia, eso basta para que se lo ubique en una posición de ser el que tiene el agalma, objeto de maravilla que se supone que tienen los que saben, derivación extraída de Lacan de la ubicación en que colocaba Alcibíades a Sócrates en «El Banquete». Por el agalma, el sujeto puede conjurar, identificar y nombrar su fantasma, eventualmente superarlo y alcanzar el deseo que se debe designar como deseo del Otro. Lo que se nos presenta como contratransferencia, normal o no, no hay razón para que se la defina como tal: se trata de un efecto irreductible de la situación de transferencia.

## **Summary**

The starting point of this article seeks to delimitate the word countertransference. Is it that it has, due to its non-univocal semantics and its prosodic imposition more “hook” than the original word transference?

A list of contributions, which the British analysts have written on this Issue, follows: Paula Heinmann and Money-Kyrle. Countertransference is described as the totality of the feelings that the analyst experiences towards his patient.

The prefix counter, according to Heinmann, implies additional factors, which are operational and specific. The second author refers to his experience and theorizes on normal countertransference and its deviations.

What would happen, Lacan wonders, if we encountered a situation in which the analyst's non-analysed unconsciousness emerges as “blind responses”? Surprisingly, Lacan does not consider emergencies, failed interventions as something to disqualify on account of the previously mentioned blind spots. Lacan, then, proceeds to refer, in the first place, to the communication from unconsciousness to unconsciousness. Freud's works, in which these phenomena are reported, are quoted. What develops as a result, is an appeal to the intuition, experience and tact of the analyst, since it is maintained that his place is affirmed in his own

analysis, which is needed of the Other and of including a function of ignorance for which he must be prepared for, transforming his own desire into the Other's desire.

The analyst must try «to play with the dead», let “the little other one die, in which he himself is involved in a speculative relationship. Meanwhile, seeking that the analysed with migrate from a position of Image toward one thing that with find his name.

It is through the beating around the bush” of the analyst's words that one accedes to the nature of unconsciouness itself. It is through the unconsciousness of the other one that the experience of analyst is done. The passion of love, of hate and of unknowledgement, all appear in it. However analysed he is, he is not far from the reach of passions.

The legitimation of the task is better understood If we bear in mind the fact that the analyst is in the partial object's place. Owing to the fact that there is transference, this is sufficient for him lo be thought of as having: the **agalma**, the marvellous object supposedly possessed by those who know. A derivation extracted by Lacan from the place which Alcibiades would assign to Socrates in “The Banquet”. Through the agalma, the subject is able lo conjugate, identify and name his phantoms and eventually overcome them, reach the desire that must be designated as the desire of the Other. There is no reason why what is put forward lo as “countertransference”, normal or not, should be defined as such it consists of an irreducible effect of the situation of transference.

Las consideraciones que siguen tuvieron origen en un grupo de estudios sobre Lacan, al que concurro hace años, en A.P.U.\*\*

Tomé como punto de partida un interrogante: ¿Cómo incluir en nuestras observaciones sobre nuestra práctica la contratransferencia cuando pretendemos enfocar la **Übertragung** freudiana?

Diálogos de este tenor: “¿Qué sintió Ud. contratransferencialmente?”... seguidos por la consabida réplica: “Lo que yo sentí contratransferencialmente con el paciente fue...” son muy frecuentes de oír.

---

\*\* Los Integrantes del mismo son: Beatriz de León de Bernardi, Fedora Espinal de Carbajal (a quien le expreso mi agradecimiento por préstamo de originales traducidos), Mireya Frionide Ortega, Aida Miraldi, Luz Porras de Rodríguez, Julio Seigal, Maren Ulriksen de Viñar, el que esto escribe y Sélika Mendilaharsu como coordinadora. Lo que ocupó al grupo durante este año 1989 que finiquita, fue el Seminario La Transferencia” 1960-61, de Jacques Lacan, inédito.

Es curioso comprobar —esto lo ha desarrollado Roland Barthes en sus estudios sobre escritura, palabra, lenguaje, estilo— los destinos de algunas palabras: tanto se ha usado y abusado de ellas que se desemboca en una mitologización de la misma. Lo ocurrido con transferencia y especialmente con contratransferencia podría tal vez servir de ejemplo. ¿Es que contratransferencia tiene, quizás por su semántica no unívoca y también por su imposición prosódica arrendada del prefijo *contra* más enganche, más adhesividad de uso que la insuficiente al parecer transferencia original?

Pero, ¿a qué se está usted refiriendo? ¿No son distintas palabras puesto que nombran dos cosas diferentes?” —y con estas objeciones de un hipotético lector podemos ya entrar en materia.

Paula Heinmann en “Acerca de la contratransferencia” (1) (p. 130) describe a ésta como la totalidad de los sentimientos que el analista vivencia hacia su paciente. **Agrega que en su opinión el prefijo ‘contra’ implica factores adicionales.** (El subrayado es mío).

Cita a continuación a Ferenczi ya que este autor no sólo reconoce que el analista experimenta muchas clases de sentimientos hacia el analizando, sino que recomienda a aquél expresárselos abiertamente, en ciertas oportunidades. Más adelante, la citada autora prosigue: “La situación analítica ha sido investigada y descrita desde muchos puntos de vista y existe un acuerdo general acerca de su carácter único. Pero mi impresión es que no se ha puesto suficiente énfasis sobre el hecho de que es una relación entre dos personas”. (el subrayado es de Paula Heinmann).

Una digresión, que es un recuerdo. Uno para Balint, el gran analista húngaro luego radicado en Londres, y a quien Lacan consideraba como un interlocutor inapreciable en psicoanálisis, y el otro para Freud. El primero hablaba del análisis como de “**Two bodies psychology**”, concepción que mereció objeciones de Lacan, quien subrayó que faltaba en su planteo un elemento tercero, sin el cual se corría el riesgo de que la relación terapéutica quedara “fraguada” en torno a lo que Lacan llamó la diada imaginaria.

“... sin que intervenga un tercer elemento no existe “**two bodies psychology**”. Si se toma la palabra tal como se debe, como perspectiva central, la experiencia analítica debe formularse en una relación de tres, y no de dos” (2) (p. 25).

Y la conexión asociativa con Freud que se me ocurrió más arriba es la siguiente: éste le escribe a Fliess: “Yo mismo me estoy habituando a concebir todo acto sexual como un proceso entre cuatro individuos; pero todavía tendremos mucho que hablar sobre esto” (3) (p. 3.625 - carta 113).

Vuelvo a Paula Heinmann. En un segundo trabajo, “Contratransferencia”, ella escribe: “El concepto de contratransferencia fue presentado por Freud en forma muy breve. La describió como ‘el resultado de la influencia del paciente sobre los sentimientos del analista’ y exigió que se la reconociese y superase. Muchos analistas consideran la contratransferencia nada más que como la transferencia de parte del analista y creo que se sienten apoyados por el hecho de que Freud se refirió a ella sin definirla y asociándola a una advertencia ya familiar en el caso de la transferencia”.

Si bien ella reitera lo de su anterior trabajo sobre que el prefijo ‘contra’ tiene un sentido operacional específico (1) (p. 141), más adelante, sin embargo, precisará lo siguiente: “Si bien una distinción conceptual entre transferencia y contratransferencia es posible, en la experiencia real ambos componentes están **fusionados**”(1) (p. 150). (El subrayado es de la autora).

En “Contratransferencia normal y algunas de sus desviaciones” (1) R.E. Money-Kyrle describe lo que ocurre cuando el análisis se desarrolla bien. Creo que hay una rápida oscilación entre introyección y proyección. Mientras el paciente habla, el analista se identificará introyectivamente con él y habiéndolo comprendido, dentro de sí, lo re proyectará interpretando”.

Describe el autor situaciones en las cuales los mejores analistas encuentran grandes dificultades para mantener contacto, con los cuales la relación “normal” es la excepción más que la regla. Y aún con pacientes que cooperen esta relación está sujeta a frecuentes detenciones.

Si el análisis no marcha todo lo bien que era de esperar, puede ocurrir lo que le pasó al autor, en una sesión previa a un fin de semana. Se sintió con una sensación de vaguedad, despersonalizado, con sensación de inutilidad, deprimido, pero también enojado. A la sesión siguiente el analista le dice al paciente que él (el paciente) había sentido que lo había reducido a él (al analista) a un estado de inutilidad y vaguedad, similar al que él experimentaba, y que lo había hecho para ponerlo en apuros, haciéndole preguntas y rechazando sus respuestas, como lo hacía con su padre. Su respuesta fue sorprendente; por primera vez en dos días, quedó tranquilo y pensativo (el paciente).

## II

A continuación paso a exponer el sondeo de lectura personal que hice en Lacan acerca de la contratransferencia y me permití cierta extensión en los fragmentos ya citados de los autores británicos, pues serán retomados luego.

— “¿De qué hablan los analistas de nuestros días?” se pregunta Lacan, y contesta:

— “Hablan de la contratransferencia”.

Todo lo que en el analista representa su inconsciente en tanto que no analizado es nocivo para su ejercicio de analista, en tanto que fuente de respuestas no denominadas, sobre todo de respuestas ciegas” (4) (p. 58).

¿Qué resultará entonces de tal situación? Emergencias fastidiosas, Incluso graves, no reconocimiento de hechos que están ocurriendo y que el analista “se comería”, Intervenciones fallidas e inoportunas, yerros importantes, etcétera, debidas a un psicoanálisis didáctico incompleto, no llevado a sus extremos y determinante de los ya referidos puntos ciegos.

La conclusión sorprendente es que a continuación de esta suma de insuficiencias, Lacan nos dice que no suscribe de entrada estas objeciones como algo descalificador, que caigan de su peso, y por lo tanto no acompaña el avalarlas así como así.

Y esto, en primer lugar, él continúa, por la importancia que siempre se le dio en el análisis a la comunicación de inconsciente a inconsciente.

“Pero no sin buenas razones yo he sostenido que todo hombre posee en su inconsciente propio un instrumento con el que es capaz de interpretar las exteriorizaciones de lo Inconsciente en otro” (5) (p. 340), se puede leer en **“La predisposición a la neurosis obsesiva”** (1913); y una afirmación similar se puede encontrar en **“Lo Inconsciente”** (1915): “Cosa muy notable, el Icc de un hombre puede reaccionar, esquivando la Cc. sobre el Icc de otro. El hecho merece una indagación más a fondo, en particular para averiguar si no interviene la actividad preconscious; pero, como descripción, es indiscutible” (6) (p.191).

A mayor abundamiento, recordemos también que en **“Psicoanálisis y telepatía”** (1921), al referirse a la comunicación de un primer caso, Freud habla de un saber transferido de una persona a otra, por caminos Ignorados que excluyen la comunicación habitual por nosotros conocida. “Existe transferencia de pensamiento”, afirma Freud sencilla y concretamente (7) (p, 176). Y más inextenso lo explica así: El trabajo de la adivina cobra así el papel de una actividad que distrae sus fuerzas psíquicas propias, la ocupa de manera inofensiva, de suerte **que puede volverse receptiva y permeable para el pensamiento del otro, que repercute sobre ella: puede volverse una verdadera medium’ ”** (El subrayado es mío).

En nuestro medio, José Luis Brum en una nota titulada precisamente “Transferencia del pensamiento”, y rastreando en las Nuevas Conferencias del año 33. se detiene en el caso del Dr. Forsyth, un nuevo paciente de Freud y llega a la conclusión Brum, al final de su trabajo. que “deseos contratransferenciales no verbalizados pueden haber intervenido en el FORESIGHT de la transferencia del pensamiento” (8) (p, 36).

Pareciera desprenderse de lo anterior, me parece —descontada la experiencia del propio inconsciente, que se tratará en seguida— un llamado a la intuición, a un tacto de analista, a la inclusión en la función del mismo de un desconocer que puedo ejemplificar como quien se pueda ver iluminado por una reverberación puntual, al igual que un centelleo sobre una ribera oscura, a favor de un permanecer el analista como a la sombra, inerte y poco menos que muerto. (Pero me estoy adelantando).

En cierta oportunidad, en el curso de una práctica supervisada, el analista que cumplía las funciones de control, me dijo ante la desazón que percibió que me embargaba, visto los magros resultados conseguidos con un paciente (así por lo menos a mime parecía): **“No entiende, ¿verdad? No importa, muchas veces no se entiende”**

Hay una apelación al tacto del analista, pero, ¿cómo delimitarlo, cómo acotar sus bornes? ¿De dónde procede el mismo?

En **“Análisis terminable e interminable”** (1937) Freud remite sin más a la sabiduría apodíctica de un aforismo: El león salta sólo una vez”. Y de la sagacidad y rapidez con que el analista intuya la inminencia de este salto podrá resultar que se vea o no sorprendido por el mismo. Sería en estos momentos privilegiados en que se producirían los apercebimientos decisivos, los mejores **insights** y quizá fuera de desear que todo análisis no careciera de esos jalones en su decurso. Este problema, como se deduce, tiene algo de no discernible con claridad, y parecería permanecer con una cierta dosis de insolubilidad, de irreductibilidad, de “resto real”, pasible de significaciones nuevas, de teorizaciones ulteriores.

Ahora bien, supongamos que se hubiera llevado a cabo “un análisis ideal”. Aún llevado a los extremos es lícito pensar que no habría **liquidación** exhaustiva del inconsciente.

Me remito nuevamente al trabajo arriba citado de Freud: “Uno a menudo dudaría de que los dragones del tiempo primordial se hayan extinguido realmente” (9) (p. 232).

Vuelvo a Lacan. Es por el rodeo de la palabra del Otro: la palabra del analista que se accede a la naturaleza misma del inconsciente. Este, a consecuencia de haberse analizado tiene un inconsciente que otrora fue inconsciente en bruto (como lo es ahora el de su paciente) y que se ha podido tornar instrumento operativo para la acción terapéutica: un inconsciente flexible, dúctil: un inconsciente más la experiencia de ese inconsciente.

Es como inconsciente del otro que se hace toda experiencia de análisis, toda experiencia del inconsciente. Es con sus enfermos, en sus enfermos, que Freud avizó el inconsciente y descubrió sus leyes.

Una traducción, pues, se pone en curso, dice Lacan. Ella deriva de la marcha en pos del

descubrimiento del propio inconsciente. Traducción que no se emprende sin temor, porque pone en descubrimiento a otro desconocido, insospechable, Imaginario, que no conocemos, que no reconocemos, en principio. Todo lo cual privilegia, en paralelo con la pasión del amor y del odio (que Lacan acuñó con el neologismo “odioenamoramamiento”, y que en todo análisis debe comparecer) la pasión de la ignorancia, del desconocimiento, a contrario sensu de un saber demasiado sobre nosotros mismos y sobre los otros.

Ahora bien, está en primer lugar la neutralidad del analista que él llama apatía estoica. El experimentar sentimientos amorosos u hostiles con su paciente no queda agotado, ya lo subrayaba Paula Heinmann, no puede quedar restringido a una temática del Inconsciente del analista. El hecho de que el analista permanezca insensible a las seducciones y a los poderes del *a* (de lo Imaginario) afuera. ¿es imputable a la preparación del analista como tal? En principio, no, contesta Lacan. El reconocimiento del propio inconsciente no tenemos por que plantear que ponga al analista fuera del alcance de las pasiones.

¿Por qué el movimiento del odio o del amor descalificaría al analista en su función? se pregunta Lacan. E incluso agrega: “Cuanto mejor analizado esté más posible podrá ser que esté francamente amoroso o en estado de repulsión, en los modos más elementales de relaciones de los cuerpos entre sí”...

“Es porque esto suena muy fuerte, como algo que no se acostumbra *oír*, que va como en camino de no tener arreglo” que Lacan plantea que debe haber otra cosa que echa ralees en otra parte. Si el analista realiza —como la imagen popular o deontológica consagra— esta apatía que se le exige, es en la medida que está poseído de un deseo más fuerte que éste de ir al grano con su paciente: ya sea para tomarlo entre sus brazos o arrojarlo por la ventana. “Ello no debe ocurrir, (...) en razón de que el analista se funda como tal porque se produjo en él una mutación en la economía de su deseo” (4) (p. 60).

Es preciso pues que haya un deseo más fuerte. Lacan dice que los preciosos textos de Platón pueden ser evocados en nuestro auxilio. Freud cita en “**El hombre de las ratas**” una parte del discurso de Alcibíades a Sócrates sobre este deseo de muerte mezclado al amor. En el “Filebo”, Sócrates emite este pensamiento: que el deseo más fuerte de todos los deseos debe bien ser el deseo de la muerte, porque las almas que están en los sueños allí permanecen. Esto ilustra la dirección donde puede concebirse esta reconstrucción del deseo del analista.

Tiene que existir alguna relación del psicoanalista con **Hades**, el invisible”, el dios de los muertos, señor de los infiernos, a quien lo asisten dioses y genios diversos que están a sus órdenes en el mundo subterráneo donde él reina. Recordemos que Hades participó de la lucha

contra los Titanes y los Cíclopes lo armaron con un casco que volvía invisible al que lo llevaba; es además un despiadado amo que no deja volver a ninguno de sus súbditos a la tierra a habitar entre los vivos; por lo demás, Hades raramente interviene en las leyendas; casi que no hay mitos que lo tengan de protagonista 10) (p. 220).

Las correspondencias analíticas que algunas de estas características de estirpe mítica despiertan son evidentes: lucha contra los Titanes-pulsiones, no participación en las leyendas (de los pacientes sí, por lo menos, en cierto sentido), una condición de invisibilidad y también que algo de radicalmente distinto queda en cada uno después de haberse analizado (esto por lo de que ninguno de sus súbditos vuelve a la Tierra: y no en las mismas condiciones en las que vino al análisis, eso es seguro).

Freud en **“La interpretación de los sueños”**, decía sobre los deseos: “No están muertos, como entendemos lo están nuestros difuntos, sino como las sombras de **La Odisea** que tan pronto beben sangre despiertan a una cierta vida” (“) (p. 259).

El psicoanálisis es una partida de cartas entonces y que se juega no sólo entre dos, dice Lacan, y en donde el psicoanalista debe procurar ‘jugar con un muerto’; algo debe de haber ahí capaz de “hacerse el muerto”. ¿En dónde? En ese “pequeño otro” que está en él, en el analista. Si bien el analista es ese Otro que va a oír al paciente, y que el paciente va a oírlo a él, tiene además frente a sí (el analista), aparte del paciente, a su propio “pequeño otro”, en donde está él mismo (el analista) en su relación especular, en la medida en que está constituido como “moi”. El imaginario 1(a) del analista debe comportarse como un muerto, es decir, saber siempre qué hay ahí, en la suerte de las cartas.

En el libro **“El Seminario. Las Psicosis”** (12) (p. 230), Lacan establece: “Si el analista entra en el emparejamiento de la resistencia, lo que precisamente le enseño a no hacer, habla entonces desde **a**, y se verá en el sujeto. Si no está analizado, lo que cada tanto acontece, esto se produce con toda naturalidad, y aún diría que, desde cierto ángulo, el analista nunca es completamente analista, por la sencilla razón de que es hombre y que participa él también en los mecanismos imaginarios que obstaculizan el campo de la palabra. Se trata para él de no identificarse al sujeto, de estar muerto lo suficiente como para no ser presa de la relación imaginaria, en cuyo seno se ve siempre solicitado a intervenir, y permitir la progresiva migración de la imagen del sujeto hacia **S**, la cosa que revelar, la cosa que no tiene nombre, que puede encontrar su nombre a menos que el circuito culmine directamente de **S** hacia **A**. Lo que el sujeto tenía que decir a través de su falso discurso encontrará paso con mayor facilidad mientras más la economía de la relación imaginaria haya sido menguada progresivamente”.

Las cuestiones posibles a ser desarrolladas y derivadas de este planteo podrían ser:

1. Que así configurados los elementos de la relación analítica, y siendo un camino insoslayable el desfiladero por la palabra, no se puede entender la transferencia como una defensa del analista, cosa a la que puede inducir la importancia a dar a la contratransferencia.

2. El amenguamiento de la relación Imaginaria no obliga a que el analista se encierre en un silencio trancado a cal y canto, encapsulante y contrafóbico. Su palabra va a ser requerida y es de ineludible exigencia simbólica el darla. Hacerse el muerto no es hacerse el mudo, ya que en un silencio esperante, por el contrario, se podrá acrecentar la proliferación desmesurada de los fantasmas y no su atravesamiento.

3. No defensa del analista, no deseo de él, sino deseo del Sujeto, deseo del Otro, ahí sí puede haber coincidencia en esta relación no simétrica que es la relación analítica, entendido el deseo del Otro en un ir más allá de lo que el analista puede desear para el paciente, en un ir más allá de lo que el paciente puede desear de su analista.

### III

El analista no es un ser superior. Afirmación incuestionable que comparte tanto Lacan como los integrantes del círculo kleiniano con los que él polemiza. La contratransferencia que debemos tener en cuenta, ya lo vimos, es la de los sentimientos experimentados por el analista y determinados por sus relaciones con el analizado.

“Desde entonces Lacan a cotejar sus puntos de vista con los de la escuela kleiniana. Se detiene particularmente en el análisis de MoneyKyrle arriba reseñado.

Desde el comienzo este analista kleiniano concibe la cosa como el efecto del objeto malo proyectado en el analista. La contratransferencia normal es entendida como el ritmo de vaivén, de introyección del discurso del analizado (1) y de lo que se produce como un efecto imaginarlo de respuesta a esa introyección de su discurso (...).”

“En la medida que la demanda introyectada es comprendida, el analista no tiene ninguna dificultad en referirse a lo que se produce en su propia reproyección. Ni siquiera le hace falta utilizarla. Lo que se produce en el nivel de i(a) está gobernado”.

“En cuanto a lo que se produce del lado del paciente, el analista no tiene que sorprenderse si no es afectado por lo que el paciente proyecta en él” (1).

“**Es afectado, si no comprende**” (el subrayado me pertenece). Esto le permite reconocer el estado que su paciente le ha descrito, y nada más”.

**Problemas:** 1. ¿Cómo vive el analista, si así fuera, este lugar de vertedero de objetos proyectados en él, en que ha pasado a convertirse?

2. ¿Hay que comunicar al paciente lo que el analista experimenta para darle acceso a esa realidad? ¿En función de qué? ¿De tranquilizarlo?

Ferenczi en algún momento estuvo cerca de encontrar esta “solución”. Paula Heinmann *no* fue tan lejos. Money-Kyrle va más lejos y hace partícipe al paciente de lo que él siente, si bien puede ser discutible la forma que Lacan interpreta la comunicación del analista británico.

“La desviación de la contratransferencia es establecida aquí como un medio instrumental que se puede codificar y que puede en casos parecidos “recuperar” la demora tenida en la comprensión de un paciente, por el reconocimiento de sus efectos sobre el analista y luego por medio de una comunicación que proponga al paciente un develamiento de la situación se llegaría a algo que pusiera fin al impasse”.

Lacan no suscribe esta manera de hacer las cosas.

En la medida que nuestra manera de proceder tiene un fundamento, dice, “nuestras categorías permiten comprender mejor esa legitimación desde el lugar del objeto parcial: el **a** del agalma”.

Noción ésta que Lacan toma de “El Banquete” de Platón. Cuando Alcibíades hace el elogio de Sócrates usando símiles, uno es el símil de los silenos, que eran divinidades del séquito de Dionisios. (Silenos es un semidiós, hijo de Pan y de una ninfa. Tuvo a su cargo la educación de Baco niño, y era usual su estado de embriaguez. Se le representa calvo, con cuernos y montado sobre un asno).

El símil tiene por fin llegar a la verdad, no provocar la risa, proclama Alcibíades: — “Afirmo (en efecto) que (Sócrates) es sumamente parecido a esos silenos (cajas de madera que guardaban dentro de si Imágenes de divinidades) que hay en los talleres de los escultores, que modelan los artífices con siringas o flautas en la mano y que al abrirlos en dos se ve que tienen en su interior estatuillas de dioses (...), su apariencia, al menos, ¿no es la de un sileno? Sí, y mucho. Esta es la cubierta con la que está envuelto por fuera, como un sileno esculpido, pero el interior cuando se abre, ¿de cuánta templanza creéis, señores comensales, que está lleno?” Y más adelante: “Pero cuando habla en serio y se abre su envoltura, no sé si hay alguien que haya visto entonces las estatuillas de adentro” (13) (p. 105-108);

Esos objetos son las agalmata, objetos de brillo y maravilla que sólo Sócrates tiene, por lo

menos así lo supone Alcibíades.

La relación analista-analizado despliega una relación de deseo dentro de una relación más vasta, desde la exigencia de amor. El sujeto no lo sabe, pero ya por esta situación (analítica) es ya en el otro donde el a de la agalma funciona. **Y lo que se nos presenta como contratransferencia, normal o no, no hay razón para que se la defina como contratransferencia: se trata de un efecto irreductible de la situación de transferencia como tal.** (El subrayado es mío).

Por el hecho de que hay transferencia, eso basta para que estemos en esa posición de ser el que contiene la agalma: el objeto fundamental en el análisis, ya que el sujeto queda fijado con relación al objeto en esta función privilegiada a.

Por lo tanto, en la medida en que el objeto se conjuga con el fantasma, se identifica con él, el deseo cobra consistencia y puede ser designado. Ahora bien, el deseo arraiga por su posición misma en el inconsciente. Se postula en el sujeto como deseo del Otro, definido el Otro como lugar de la palabra, lugar tercero que existe siempre en las relaciones con el otro. Este asimismo no es un otro absoluto, un otro respetado como nuestro igual, sino que es necesario como lugar y al mismo tiempo está perpetuamente sometido a la interrogación por aquello que lo garantiza: es un Otro evanescente.

No hace falta, entonces, dice Lacan, hacer intervenir la contratransferencia como la “parte defectuosa” del analista, porque si no terminaríamos constituyendo como núcleo fundamental de nuestro quehacer una puesta en guardia defensiva de la contratransferencia, en vez de concebir nuestra función como la del deseo del Otro.

Translated by Kent Miller).

## **Bibliografía**

1. Paula Heinmann - Acerca de la contratransferencia y Contratransferencia.
1. R. E. Money-Kyrle - Contratransferencia normal y algunas de sus desviaciones., Ambos trabajos publicados en Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Tomo IV, N° 1, Montevideo, 1961-62.
2. Jacques Lacan - El Seminario. Los Escritos técnicos de Freud. Editorial Paidós, Barcelona, Buenos Aires, 1981.

3. Sigmund Freud - Wilhelm Fliess - Correspondencia. Biblioteca Nueva, Tomo IX, Madrid, 1975.
4. Jacques Lacan - El Seminario. La Transferencia. 1960-61. Inédito, traducción castellana.
5. Sigmund Freud - La predisposición a la neurosis obsesiva, contribución al problema de la elección de neurosis (1913). Amorrortu Editores. Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, 1980.
6. Sigmund Freud - Lo inconsciente (1915). Amorrortu Editores, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, 1979.
7. Sigmund Freud - Psicoanálisis y telepatía (1917). Amorrortu Editores. Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, 1979.
8. José Luis Brum - Transferencia del pensamiento. Revista Temas de Psicoanálisis, N° 1, Montevideo. 1983.
9. Sigmund Freud - Análisis terminable e interminable (1937). Amorrortu Editores, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, 1979.
10. Pierre Grimal - Diccionario de Mitología Griega y Romana. Editorial Paidós, Barcelona, 1981.
11. Sigmund Freud - La Interpretación de los sueños (primera parte) (1900). Amorrortu Editores, Obras Completas, Tomo IV, Buenos Aires. 1979.
12. Jacques Lacan - El Seminario. Las Psicosis. 1955-56. Editorial Paidós, Buenos Aires, Barcelona, 1985.
13. Platón - El Banquete (416 a.C.), Ediciones Guadarrama, Madrid, 1969

